

tos, brillaba una sonrisa de satisfacción orgullosa: varias personas ricas de Stettin habían venido á la boda, y el padre del novio, que la daba el brazo, era un hombretón con una barba imponente. Pablo iba de uniforme y llevaba una condecoración japonesa, que le habían hecho conceder unos jóvenes japoneses que habían asistido á sus cursos de química agrícola; la iglesia estaba llena de oficiales, profesores, consejeros íntimos y otros personajes; el semblante de Pablo resplandecía de felicidad; su bigote rubio tenía un aire triunfal; la raya del peinado estaba matemáticamente recta, y un feld-mariscal hubiera jurado que era un oficial del ejército activo. A la novia, sonrosada, daba gusto verla; su velo y su corona eran debidos á la ingeniosidad de mano de su familia, que se revelaba todavía en los bordados del traje de satén. Guillermo era uno de los testigos de Pablo; cuando después de la boda se acercó á felicitar á la feliz pareja, Malvina le dirigió una mirada impregnada de suave emoción y que envolvía acaso un ligero reproche; Pablo le apretó la mano, y desbordando alegría y agradecimiento, le murmuró al oído: «Tu amigo por toda la vida, Guillermo; por toda la vida».

VII

Symposion (1)

Apenas de vuelta del viaje de bodas que había hecho á París, Pablo sorprendió á todos sus amigos con una serie de actos absolutamente inesperados; renunció á la cátedra, á pesar de que le habían prometido nombrarle profesor en el próximo semestre; abandonó á su joven esposa durante tres semanas, en las que escribió de vez en cuando cartas fechadas en Hamburgo, en Altona ó en Harburgo; luego regresó de nuevo anunciando á Malvina, como un hecho consumado, que iban á dejar Berlín para habitar una parte del año en Hamburgo y el resto del tiempo en una propiedad del Hannover, cerca de Harburgo, pues que había resuelto renunciar al profesorado y dedicarse á la agricultura en grande. Puso á Guillermo y á Schrotter más al corriente de sus planes; lo que había arrendado con preeminente derecho de compra no era un terreno en plena prosperidad, sino un verdadero pantano llamado el «Friesen-Moor»

(1) Segunda parte de los banquetes griegos, en que sólo era costumbre beber sin comer nada.—*N. del T.*

(Pantano de Frisa), que no producía por entonces más que hierbas acuáticas, que no servían ni para las ovejas de las landas arenosas. Aquel país salvaje, demasiado húmedo para producir ni aún siquiera turba, no tenía ningún valor por entonces y de este modo lo había podido comprar por algunos thalers; después de haber estudiado el asunto durante muchos años, había llegado, sin decir una palabra á nadie, á creer que aquellos pantanos, una vez desecados y bien estercolados, darían un terreno de cultivo de una gran riqueza; así, pues, una vez en posesión de un capital importante, no vaciló un momento en poner su teoría en práctica. Era correr un riesgo que podía arruinarle; pero tenía una firme confianza en sus conocimientos, y «quien no arriesga nada, nada gana»; consideró como completamente superfluo revelar á su mujer y á la señora Brohl la índole de su empresa, porque sabía que esta última, en particular, tenía un miedo atroz á la palabra especulación, y que traía la palabra innovación por pérdida de dinero.

La separación de Malvina de su madre y de su abuela suscitó muchas lágrimas y no pocos suspiros; pero Pablo había adquirido ya tal consideración en el ánimo de aquellas señoras, gracias á su calma y á su firmeza, que se sometían sin objeciones á todo lo que resolvía. La señora Brohl regaló á su nieta varias cajas que contenían los trabajos de aguja más preciosos, la dió algunas de sus recetas confidenciales para la confección de compotas y de salsas, y la dejó marcharse; resistió valientemente á las ganas de poner el exceso de los muebles del salón en el cuarto que quedaba vacío, prometiendo, por el contrario, reservarlo al joven matrimonio cuando viniera á Berlín. Pablo había invitado hipócritamente á estas señoras á irse á vi-

vir al campo con él: no le asustaban dos suegras; pero las señoras se mostraron muy agradecidas á su adhesión filial y declinaron su oferta, con lo cual, naturalmente, él contaba, y se hubiera visto bastante apurado si hubieran aceptado, porque, á decir verdad, no había aún en aquel país salvaje, que él llamaba con énfasis su «hacienda», un solo sitio que se pudiera atravesar á pie enjuto, y con mayor razón, ni un solo techo, bajo el cual pudieran alojarse personas habituadas á las comodidades de las ciudades. Por el momento, el suelo del «Friesen Moor» se hundía bajo los pies, que dejaban una huella acribillada de agujeros, que se llenaban en seguida de un agua negruzca; los únicos habitantes de los pantanos eran alcaravanes, gallinetas, ranas y sapos. Pablo no enseñó siquiera su hacienda á Malvina, y la alojó convenientemente en Hamburgo, de donde salía todas las mañanas para no volver hasta la noche. Pero al cabo de poco tiempo la región situada entre el Seeva y el Elba cambió de aspecto; centenares de obreros animaban aquella soledad, que hasta entonces contemplaba silenciosamente al cielo con sus charcas como con ojos llenos de melancolía; elevaron diques, cavaron zanjas, construyeron una hermosa casa sobre pilotes de madera, así como toda una aldea para los obreros; carruajes tirados por caballos frisonos rodaban por los nuevos caminos, consolidados con tarugos, guijarros y ramajes; sobre las lagunillas poco profundas, pero anchas, circulaban lanchas aplastadas como balsas, sin quilla; las casas comenzaban á cubrirse de techos; una porción de molinos de viento, que servían para aspirar el agua, movían sin cesar sus aspas. Pablo, que había dirigido y vigilado en persona á los trabajadores y excitado su celo sin descanso, llevó

por la primera vez, en el otoño, á Malvina á Hamburgo, y la hizo subir en un cochecillo ligero; al cabo de media hora llegaron al límite del «Friesen-Moor», y pudo entonces mostrarle un cuadro lleno de alegría.

Los obreros estaban alineados, con sus carretillas, sus palas y sus picos, á los dos lados del muelle que conducía á la casa-habitación; saludaron á la jóven con vivas tan entusiastas, que las lágrimas asomaron á sus ojos. Aquella llanura sin límites, con las lagunillas que la surcaban en ángulos rectos, estaba tan bien trabajada, cuidada y civilizada, que Malvina pensó involuntariamente en una linda costura trazada en forma de tablero de ajedrez; los molinos de viento, que ponían en movimiento las bombas de aspiración, agitaban sin cesar sus grandes aspas como para enviar al ama saludos afectuosos. La casa-habitación, de un solo piso, para penetrar en la cual bastaba subir unos cuantos escalones, estaba enclavada en un terrado lindísimo, rodeado de murallas; Malvina se mostró tan contenta de todo, que hubiera querido hacer traer en seguida sus muebles de Hamburgo é instalarse allí. Pablo tuvo, para decidirla á que renunciase á su proyecto, que hacerla notar cuán peligroso era, sobre todo en su actual estado de salud, habitar en invierno una casa cuyas paredes no se habían secado por completo.

A fines de Marzo un telegrama de Hamburgo anunció á Guillermo y al doctor Schrötter que Malvina acababa de dar á luz un robusto niño: el primero fué su padrino; al recién nacido le pusieron los nombres de Pablo-Guillermo, y le llamaban con este último. Cuando volvió el buen tiempo, la familia fué á establecerse en el «Friesen-Moor», mientras la señora Mærker y Brohl, que habían

cuidado con solicitud á Malvina durante su parto, regresaban á su museo de Berlín. Pablo pasó aquel verano presa de una viva inquietud; esperaba los resultados de su audaz tentativa; había empleado todo su caudal en construcciones y trabajos de terraplén; si el pantano que acababa de desecar no le producía veinte veces más de lo que había desembolsado, era un hombre arruinado; pero «la naturaleza está siempre de parte del genio», según la expresión del poeta, y además está siempre en «alianza eterna» con los que la piden algo conforme á sus leyes: al llegar el mes de Julio y ver Pablo sus campos cubiertos de cebada y de avena hasta perderse de vista, se consideró libertado de toda zozobra é inquietud; en el mes de Agosto, cartas entusiastas anunciaron á sus amigos que había ganado la batalla; que la cosecha superaba todas sus previsiones, y que no trocaría por un campo de oro de la Australia su pantano, que año y medio antes no valía un maravedí. Se encontraba ya ahora ligado á aquella propiedad por un sentimiento paternal; la consideraba como un sér vivo y razonable, cuya educación y desarrollo le estaban confiados; la primera cosecha le había mostrado deficiencias, que necesitaban nuevos trabajos; permaneció durante el otoño y el invierno en su casa, en medio de sus obreros, que le adoraban, y que formaban á lo largo del dique, con sus mujeres y sus hijos, una numerosa colonia; vivía feliz en aquel círculo voluntariamente restringido, que limitaba el curso del Elba meridional y del Seeva.

En cuanto á Guillermo, había pasado estos dos años de una manera bastante tranquila; por la mañana trabajaba en el laboratorio de física; por la tarde trabajaba en su casa, y por la noche conversaba con Schrötter; su viaje á Hamburgo y quince

días de estancia en el «Friesen-Moor» le habían procurado alguna distracción y descanso. Pablo, que venía rara vez á Berlín, volvía á hallar en la sociedad de sus dos amigos todas sus impresiones juveniles: Guillermo no había cambiado físicamente; conservaba todavía su tez de doncella, sus hermosos ojos soñadores y sus gustos poco mundanos. Helmholtz, á quien los gobiernos extranjeros encargaban con frecuencia que les enviase profesores, había varias veces invitado á Guillermo á ir á Turquía, al Japón, á Chile, como profesor de física, porque apreciaba en alto grado su saber, y deploraba que su asunto con Pechlar le impidiese obtener una cátedra en Alemania; pero Guillermo rehusaba siempre, y contestaba invariablemente que se creía destinado á aprender y no á enseñar. No frecuentaba ya casi el trato de Barinskoi, cuyas opiniones inmorales le repugnaban; no le veía si acaso más que cuando venía á pedirle prestado algún dinero; por el contrario, había aumentado desde hacía poco su círculo íntimo con una extraña personalidad.

Era un hombre de treinta y cinco años próximamente, llamado Dørfling, alto, delgado, con largos cabellos ya encanecidos, con la frente iluminada, con ojos de visionario, destacándose sobre el semblante trabajado; era nativo de los bordes del Rin é hijo de un rico comerciante, de cuya casa había tenido que encargarse. Hasta la edad de veintiséis años había trabajado concienzudamente en el despacho de su padre, y nada había en él revelado que se interesara por otra cosa en el mundo más que por el libro del debe y haber. Muerto su padre, Dørfling se apresuró á liquidar la casa, y se dedicó exclusivamente á los estudios filosóficos; durante años enteros recorrió una uni-

versidad tras otra, sentado á los pies de los más célebres profesores y profundizando sus sistemas respectivos; Guillermo le había conocido y apreciado en Heidelberg; después le había perdido de vista; en el otoño de 1872, Dørfling se presentó inopinadamente en Berlín y reanudó sus relaciones con Guillermo; desde entonces se había hecho uno de los comensales habituales de las cenas clásicas del doctor Schrötter y el compañero ordinario de Guillermo en sus paseos por la tarde. Dørfling era el auditor más atento que pudiera desearse; pero en cuanto á él, era muy avaro de sus palabras. Cuando abordaban las grandes cuestiones del conocimiento, de la moralidad, del objeto de la vida, y esto sucedía casi diariamente entre aquellos hombres distinguidos, profundos y libertados de las preocupaciones materiales y groseras de la existencia, la parte que tomaba Dørfling en la conversación se limitaba casi siempre á esto: «Sí, sí; ese es un tema importante y que cautiva; de él me preocupo precisamente en este momento, y hablarán ustedes mi opinión en mi libro». Si le rogaban que expusiera en el acto esa opinión, ó, por lo menos, que la indicara, meneaba suavemente la cabeza y respondía: «No sé improvisar; me cuesta mucho trabajo expresar claramente mis ideas, y no lo consigo sino con mucha dificultad cuando escribo». Diariamente hacía alusión al «libro», al cual consagraba las noches; su voz tenía un acento misterioso y solemne; decía que aquel era el objeto de su vida, y se negaba á indicar su título, su contenido y su importancia; que era una obra filosófica se deducía de las materias de que decía se ocupaba; pero eso era todo lo que podían saber. «El libro» llegó á ser proverbial en el círculo de amigos; Schrötter y Guillermo eran demasiado serios

y demasiado nobles de espíritu para dar bromas á Dœrfling con ese motivo; sin embargo, el primero le decía á veces, con una ligera sonrisa, que bien podría arreglar un hueco en su obra para anotar tal ó cual cosa que se acababa de hablar; de ese modo conocerían por lo menos su opinión sobre el asunto; Pablo, que le veía en todos sus viajes á Berlín, le preguntaba á lo primero inocentemente, después, con tono algo burlón, si «el libro» se acabaría por fin pronto; pero el otro no le contestaba nunca, sino que su pálido semblante palidecía todavía más y se veía dibujarse entre sus ojos profundos un entrecejo doloroso; sólo Barinskoi, que se había pegado á él como antes á Guillermo, y que pedía dinero prestado tan pronto á uno como á otro, llevaba la inconveniencia y la crueldad hasta burlarse del «libro», llamándole un tornillo sin fin, el San Graal, comparándole al tesoro de guerra invisible, pero cierto, de la Torre de Julio (1), al país de los diamantes de Simbad conocido únicamente por el pájaro Bock (2), y hasta permitirse otras mil bromas inoportunas; después de una de sus orgías periodísticas, permaneció ausente más tiempo que de costumbre; cuando volvió tenía muy mala cara; Dœrfling, que le preguntó con interés, supo que había tenido una pulmonía; para agradecerle su simpatía, Barinskoi añadió: «Los médicos me habían desahuciado, pero usted me ha salvado la vida; no he querido morir antes de haber leído su libro». Dœrfling contentóse con dirigirle una mirada de desprecio, y le volvió la espalda.

(1) En la ciudad de Spandau.—(N. del T.)

(2) Relación maravillosa de *Las Mil y una noches*.—(Nota del traductor).

Un día, poco después de las Pascuas de 1874, Dœrfling anunció una gran novedad á sus amigos. «El libro» estaba listo, impreso, y debía ponerse pronto á la venta en una gran librería; pero antes de darlo á la publicidad quería entregarles un ejemplar á cada uno; quería hacerlo en el transcurso de una comida sin pretensiones, á la que invitó á todos; había llevado su obra en la cabeza durante diez y siete años, y había empleado ocho en escribirla; aquel trabajo había ocupado un sitio tan grande en su existencia, que le permitirían la pequeña vanidad de celebrar su terminación con una fiesta modesta; Pablo fué igualmente invitado á asistir al banquete y la cosa le pareció valía la pena de hacer un viaje á Berlín. La noche indicada se reunieron, á las ocho, en el restaurant Borchardt, calle de Francia: un mozo de aspecto solemne, que tenía la cara, la barba y la calvicie de un embajador, recibió á los invitados y les condujo á un cuarto reservado, á la izquierda del gran salón del primer piso; un espeso tapiz rojo convertía al gabinetito en una especie de estuche; pesados portiers le cerraban por el lado del salón; varios mecheros de gas ardían, pero daban más calor del necesario. Una mesa grande, bordeada por tres lados por divanes, ocupaba casi todo el gabinete; estaba ricamente servida y adornada con flores; las copas para el Rhin, el Champagne y el Burdeos delante de cada cubierto, presagiaban una buena variedad de vinos; unas botellas de Champagne mostraban su dorado cuello por fuera de un cubo de hielo; Dœrfling había llegado el primero, y recibía á sus comensales á medida que iban entrando; estaba de frac y corbata blanca, como para un banquete de boda; su rostro, un poco más pálido todavía que de costumbre, tenía un aspecto extre-

madamente solemne, hasta tal punto, que sus amigos se quedaron al principio sorprendidos, y creyeron deber excusarse por haber ido en traje de calle; interrumpiéndoles suplicándoles que le perdonasen aquella fantasía y que no dijeran nada más sobre esto, pues de otro modo se vería obligado á ir á su casa y volver envuelto en la bata ó con un *ulster* de viaje.

En esto, se pusieron alegremente á la mesa; Dørfling se sentó contra la pared; á su derecha tomó asiento Schrøtter; á su izquierda, Guillermo y Pablo; á la derecha de Schrøtter, Barinskoi y un tal señor Mayboom, amigo de Dørfling. Este señor Mayboom, un renano como el anfitrión, era un autor bufo de los más en boga y un pesimista rabioso; cuando había escrito una alegre copla, descansaba de su trabajo, en compañía de Dørfling, suspirando al pensar en el lado trágico del mundo y de la vida humana; los periódicos trataban sus piecitas de teatro como producciones infames; el público estaba encariñado con él más que con un Goethe; los críticos serios no le nombraban sin hacer aspavientos; los empresarios de teatro trababan luchas homéricas para obtener sus lucubraciones; tras cada una de sus obras, su agente dramático le enviaba un carretón lleno de revistas aplastantes y su banquero un legajo de excelentes billetes de Banco; tenía una mujer bonita, que le adoraba; dos hijas magníficas, que habían ya inspirado ideas de matrimonio á algunos solterones empedernidos, y todo eso con el aspecto y la figura de un Timón de Atenas.

Al oír el campanillazo de Dørfling, se presentaron dos mozos, llevando el uno una inmensa fuente de ostras, poniendo el otro ante cada convidado, con gran seriedad, un voluminoso tomo en octavo.

—¡Las últimas de la estación!—exclamó Barinskoi muy contento, sirviéndose unas cuantas de aquellas soberbias ostras.

—«¡El libro!» ¡Bravo!—dijo Pablo, que alargó por encima de Guillermo la mano á Dørfling.

Hubo un corto silencio, durante el cual, todos, hasta el mismo Barinskoi, miraron el libro; la encuadernación gris ostentaba el título: *Filosofía de la liberación*, por X. Rheinthaler.

—Un muy hermoso título, que promete mucho—dijo Guillermo el primero.

—Convendría á las mil maravillas para un sainete con música—advirtió Mayboom con aire de profunda melancolía.

Barinskoi soltó la carcajada, mientras Dørfling dirigía al chistoso un mudo reproche. El poeta bufo exhaló un profundo suspiro y comenzó á comer.

—Pero, ¿por qué *Rheinthaler*?—preguntó Pablo.

—Tenía al principio la intención de no firmar mi libro; pero el público se ha acostumbrado á leer un nombre en la cubierta; cuando no lo encuentra, su curiosidad frívola se excita, y sucede lo que yo quisiera precisamente evitar: se preocupa por lo accesorio con perjuicio del fondo.

—Pero eso deja sin explicación por qué no lo ha firmado usted con su nombre—dijo Pablo.

—¡Mi nombre! ¿Por qué? ¿Qué es un nombre? ¿Qué es una individualidad, simbolizada, ya lo sé, por el nombre? Los pensamientos que he expresado en este libro no son míos, del azar pasajero que se llama Dørfling; son de lo absoluto, de lo *uno*, de lo eterno que piensa en mi cerebro. Propago verdades que me han sido confiadas; ¿qué diría usted de un cartero que pusiese su nombre en cada una de las cartas que está encargado de distribuir?

—Hé ahí una abnegación de que yo no sería capaz—dijo Pablo.—Si yo consagrara los mejores años de mi vida á una obra, no podría renunciar á la gratitud merecida de mis conciudadanos.

—¡Gratitud! ¿Qué quiere decir esa palabra, señor Haber? Hacemos lo que hacemos, no porque queremos, sino porque tenemos que hacerlo; no en virtud de un movimiento deliberado, sino en virtud de una impulsión fatal; todos aquellos que esperan una recompensa cualquiera por sus actos, se colocan en el punto de vista cándido de la mujer poco inteligente que cree tener derecho al reconocimiento de los demás porque es bonita, ó del niño indócil que quiere que le acaricien y le halaguen porque no ha dejado nada en el plato que le han puesto; pensando seriamente en las cosas, se llega al concepto del deber que se cumple por él mismo, y no en vista de una satisfacción del amor propio ó de la vanidad. La teoría de Kant acerca del imperativo categórico es todavía obscura, y, sin embargo, percibimos ya más claramente, gracias á ciertas indicaciones más formales y significativas, que nuestras acciones todas son los efectos de fuerzas morales á las que no somos libres de desobedecer ó acatar. ¡Gratitud! ¿Espera el viento agradecimiento del buque que empuja? ¿Teme una censura cuando lo aniquila? Ruge como es su deber, y le tiene sin el menor cuidado lo que puedan decir los hombres, los árboles, las chimeneas y las olas del mar; pues, bien, mi cerebro piensa como el viento ruge; no hay diferencia entre los fenómenos de un organismo y los de la atmósfera; entrambos obedecen á las mismas leyes eternas de la naturaleza, y yo cumplo esas leyes al escribir un libro.

—Estoy completamente conforme con usted en ese punto—dijo Guillermo.

Habían acabado con las ostras, acompañadas de un Markobrunner, de un aroma delicioso; los mozos llevaron una sopa de hierbas apetitosa; la conversación había decaído, porque cada cual hojeaba instintivamente el libro, unos quizá sólo por curiosidad, los otros con interés.

—Con permiso de ustedes, no lean ustedes ahora—exclamó Dœrfling,—el libro no cambiará de aquí á mañana, pero la sopa se va á enfriar.

—Hé ahí una frase del filósofo—dijo Barinskoi, aspirando con su puntiaguda rubicunda nariz los efluvios apetitosos de la sopa.

—De nada sirve hojear—dijo Schrøtter,—le agradeceríamos á usted, pues, tuviese la amabilidad de explicarnos, en algunas palabras, el principio fundamental de su sistema.

—¿Cómo he de poder condensar en algunas palabras todo un sistema, si no he de dejar de ser claro?—exclamó Dœrfling asustado por esta pretensión.

—Le dispensaremos á usted de las pruebas y los desarrollos que encontraremos en su libro; indíquenos usted tan sólo las grandes líneas de su *Filosofía de la liberación*.

Los demás invitados unieron sus instancias á las de Schrøtter, sobre todo Pablo, que había pensado con un secreto terror que se vería precisado á leer de cabo á rabo aquel enorme tomo abstracto, y que veía ahora la posibilidad de ponerse rápida y cómodamente al corriente de su contenido.

Dœrfling se negó al principio; pero ante la tenaz insistencia de sus amigos, principió:

—A mi juicio, un principio dirige el mundo; es uno y espiritual, llámesele como se quiera, fuerza, causa primordial, voluntad, conciencia del mundo, Dios; este principio uno y eterno se subdivide en

varias partes, que son las almas humanas; cada alma recuerda claramente que es una fracción de un «todo» eterno; su existencia fragmentaria constituye para ella un sufrimiento y una desgracia, y aspira á volver al todo, del cual ha sido separada y en el cual únicamente puede encontrar su perfección. La vida individual es su apartamiento del Sér Supremo universal, que no tiene límite alguno; la muerte individual es la reintegración de la parte finita en el «todo» infinito. La vida es, pues, forzosamente un sufrimiento continuo, un deseo sin fin, y la muerte es la liberación de este sufrimiento y la satisfacción de este deseo; el fin único de la vida es la muerte, objeto hacia el cual tiende ávidamente la actividad de todo organismo vivo.

Pablo miró á Guillermo y Schróetter; y como éstos no desplegaron los labios, él se calló también.

—Tu filosofía de liberación no será comprendida en ninguna parte tan bien como en el Plötzen-see (1)—dijo Mayboom.

Barinski le dió, riéndose, un golpecito en el hombro, lo que le hizo apartarse un poco de él con una mirada fría y despreciativa.

Schróetter había reflexionado, y preguntó entonces:

—Pero ¿por qué se subdivide el principio eterno?

—Para variar su unidad por una pluralidad; para llegar á la conciencia del «yo» creando los «no yo».

—Piensa usted de un modo absolutamente antropomórfico—exclamó Schróetter.—Ese principio eterno, ¿se le aparece á usted, pues, como un señor

(1) Prisión central en los alrededores de Berlín, famosa en Prusia.—*N. del T.*

que se aburre porque está solo en el mundo, y que puebla la soledad para crearse una sociedad?

—Aparte de eso, la creación del «no yo», destinado á revelar la conciencia del «yo», supone ya el conocimiento del objeto de esta acción, es decir, la conciencia—exclamó Guillermo.

Dörfling se contentó con menear la cabeza.

—Esas objeciones se imponen—dijo;—ya verán ustedes su refutación en el libro.

—Tiene usted razón—dijo Schróetter;—no es prudente criticar antes de haber leído. Pero quisiera, sin embargo, consignar todavía una cosa, no en son de crítica, sino para establecer un hecho. Esa filosofía de la liberación que usted profesa, no es otra cosa que una nueva forma del antiguo punto de vista cristiano, que compara también la tierra con un valle de lágrimas, la vida con un destierro, la muerte con la vuelta á la casa paterna; un teólogo del Vaticano no encontraría nada que reprender en la ortodoxia de su sistema de usted.

—Dispénsame usted, señor doctor—replicó Dörfling;—veo una gran diferencia entre mi sistema y la doctrina cristiana; ésta y aquel reconocen que la vida es un sufrimiento y la muerte una liberación; pero el cristianismo no nos explica por qué Dios crea á los hombres y les envía á padecer sobre la tierra, en lugar de dejarles tranquilamente á su lado en el Paraíso; yo, por el contrario, pretendo explicar la creación de los seres vivos y conscientes.

—Es decir, que usted pretende que el principio eterno crea organismos con el fin de hacerse objetivo y de llegar á la conciencia de sí mismo.

—¡Naturalmente!

—Pues bien, ya le hemos contestado á usted sobre ese respecto—dijo Schróetter,—y no quiero

renovarle á usted mis objeciones; permítame usted hacer abstracción de su sistema, y decirle, en tesis general, que no encuentro ninguna diferencia entre la metafísica y la teología; un sistema metafísico y un dogma religioso son dos tentativas hechas con objeto de explicar de un modo racional el misterio insondable de la vida; el negro cree adivinar el secreto de la tabaquería de música suponiendo que hay en el interior de ésta un espíritu que modula sonidos, obediente al mandato del hombre blanco; hace exactamente lo mismo que nuestros sacerdotes y nuestros filósofos cuando imaginan en la gran máquina del mundo un Dios, un principio eterno, ó cualquier otro ídolo ó fetiche que usted quiera. Es propio de nuestra naturaleza humana el pretender siempre penetrar el cómo y el por qué de las cosas; cuando no podemos lograrlo, suplimos nuestra ignorancia con suposiciones, ó mejor todavía, con invenciones creadas por nuestra voluntad. Estas hipótesis son más ó menos razonables, según que nuestros conocimientos son más ó menos completos: la humanidad en el período de su infancia se satisface con explicar el secreto del universo mediante cuentos inverosímiles; en la edad madura necesita hipótesis más plausibles; la teología le suministra los cuentos y la filosofía las hipótesis: la religión da una explicación concreta; la de la filosofía es abstracta; la primera relata y afirma; la segunda argumenta y evita las inverosimilitudes; es una diferencia de grado, no de esencia.

—Ha expresado usted perfectamente mi pensamiento—exclamó Guillermo;—la metafísica es tan incapaz como la religión de aportar conclusiones exactas sobre lo que entraña el fenómeno del mundo, y no comprendo (dispénsame usted que le diga sin ambages mi modo de pensar) que un filósofo

pueda tomar en serio su sistema; debe, por de contado, saber que su explicación no es más que una hipótesis, á lo sumo una posibilidad, y tiene el valor de anunciarlo como una cosa cierta! No, amigo; nada espero de la metafísica; no me interesa sino como elemento de estudio de la psicología; la historia de los sistemas filosóficos es la historia del desarrollo del espíritu humano; el único valor de los sistemas consiste en atestiguar, en un momento dado, el grado de desarrollo de la inteligencia; todos esos sistemas, tomados en conjunto, no encierran un sólo átomo de verdad objetiva.

—En eso estriba la diferencia fundamental entre la ciencia natural y la metafísica—dijo á su vez Schrötter.—La ciencia determina exactamente los límites de nuestros conocimientos; al llegar á este punto, exclama: «á partir de aquí ya no sabemos nada; no comprendemos nada, absolutamente nada de lo que hay más allá»; la metafísica, por lo contrario, no quiere reducirse á eso; mezcla la ciencia y las fantasmagorías, y á entrambas concede el mismo valor; explica cosas que no comprende ni puede comprender; nos describe con detalles sitios en que nunca ha penetrado y que la humanidad no conocerá acaso jamás.

—¿Me permiten ustedes decir una palabra en pro de la tan asendereada metafísica?—preguntó Dörfling con una ligera sonrisa.

—¡Pues hombre!—dijo Barinskoi, que bebía él solo más que todos los otros juntos, y que parecía divertirse extraordinariamente con aquella seria conversación.

—¿Ve usted, mi querido Eynhardt? Si yo fuera usted, no pretendería con tanta seguridad que la metafísica no encierra un solo átomo de verdad objetiva; necesitaría para decir eso, saber lo que es

la verdad de que se trata. Ahora bien: usted confiesa no saberlo; para ser lógico debería usted, pues, conceder la posibilidad de que uno de los sistemas metafísicos encierre la verdad objetiva, ó por lo menos un átomo de esta verdad; tengo un punto de vista completamente distinto acerca de este punto; creo que el conocimiento cabal y completo del verdadero estado de las cosas, de la razón de los fenómenos, de las leyes del mundo, en suma, de lo que usted llama la verdad objetiva, es una propiedad esencial de los átomos ó de lo que compone el mundo; el conocimiento absoluto, digo, es inherente á la materia, como la fuerza y la atracción; la materia no los aprende, los posee; la célula no ha estudiado química, pero realiza con una seguridad infalible los trabajos químicos más sorprendentes; el agua ignora la física y las matemáticas, pero el hilo del chorro de agua se eleva á la altura prescrita por la hidráulica.

—¡Bravo!—exclamó Mayboom—esto me explica, por fin, la seguridad, incomprensible sin esto, con la cual los tuestos de flores caen sobre la cabeza de los transeúntes en vez de caer al lado.

—Se lo suplico á usted, Mayboom, nada de bromas ni de chistes hoy—dijo Dørfling con suavidad.

El poeta bufo exhaló un profundo suspiro y se ensimismó en un silencioso ensueño.

El filósofo continuó:

La noción de la verdad, que está ligada á cada átomo, existe naturalmente también en el hombre; pero no debemos olvidar que el hombre es ante todo una aglomeración de millares de millones de átomos; la conciencia, en conjunto, del hombre, ignora lo que sabe cada uno de sus átomos, así como una gran masa popular puede ignorar el griego ó el

sánscrito, aunque uno ú otro de sus miembros hable estas lenguas; los conocimientos de los individuos no podrían ser provechosos al conjunto á menos de que se los comunicasen; el papel que representa la enseñanza en el conjunto, la unión armónica é íntima de los átomos, la representa en la organización del individuo. Hé aquí cómo yo me represento el desarrollo de los seres vivos: los átomos que los constituyen están reunidos al principio sin cohesión, y poseen todavía una gran dosis de independencia; luego se aproximan cada vez más, perdiendo gradualmente parte de su independencia en provecho del organismo general; en el transcurso de este desarrollo, el átomo individual se resuelve cada vez más en la conciencia del organismo en su conjunto; es primero una noción muy confusa é incierta, como la sensación de la luz en un semiciego que padece cataratas; luego los contornos de la verdad van revelándose cada vez más distintamente, hasta que aparece completamente clara. Los diferentes ensayos de explicación del misterio del universo son la expresión de estos presentimientos de la verdad; así es como, á mi juicio, todos los sistemas religiosos y metafísicos que se han sucedido encierran un núcleo de verdad, y las teorías ó envolturas de éstos núcleos se van haciendo tanto más transparentes, cuanto mayor es nuestro desarrollo y nuestro progreso.

—Todo eso es tan ingenioso como un cuento—dijo Schroetter—y es también un cuento; hace usted suposiciones que no está usted en disposición de probar; y si yo las pongo en duda, no tiene usted ningún medio de obligarme á creer en ellas, mientras que yo siempre puedo obligarle á usted á creer que dos y dos son cuatro; no, no, esas especulaciones metafísicas no conducen absolutamente

á nada; por eso precisamente no me ocupó más que de la psicología, es decir, de su aspecto científico, la psico-fisiología; hoy, todavía, no estamos más adelantados que los antiguos griegos, cuya sabiduría encontró como última conclusión la famosa fórmula «Conócete á tí mismo»; podemos esperar llegar á conocernos, saber un día lo que pasa en nuestro cerebro; pero, en verdad, no creo que vayamos nunca más allá.

—El estudio de las ciencias naturales me ha conducido al mismo modo de ver—dijo Guillermo;—nada sabemos hoy de la esencia de los fenómenos y de su causa primera, nada sabíamos ayer y nada sabremos mañana; el gran progreso del pensamiento humano lo encuentro en el hecho de que ya no nos dejamos llevar de ninguna ilusión y sabemos exactamente lo que ignoramos; mientras que todavía ayer nos engañábamos á nosotros mismos y nos imaginábamos que las fábulas de la religión y de la metafísica eran una cosa positiva; la historia de las ciencias naturales es muy interesante bajo este aspecto; nos enseña que todo progreso ha consistido, no en una nueva explicación, sino en la prueba de que la explicación anterior de los fenómenos carecía de fundamento; el dominio explorado por la ciencia exacta no se amplía, como lo creen los profanos, sino que, por el contrario, se reduce; ésta eleva en cierto modo alrededor nuestro una muralla de piedra, mientras que en otros tiempos estábamos envueltos en nieblas engañosas é indecisas; sería útil estudiar la historia de la ciencia, colocándose bajo este punto de vista.

—¿Por qué no escribe usted esa historia?—preguntó Schroetter.

—¿Por qué? Nada hay mas vano que pretender

añadir un libro á los millones de libros que existen; todo se ha dicho ya; apenas si se escribe algo verdaderamente nuevo cada mil años; todo lo demás no es sino repetición, ampliaciones detalladas, compilación. Si cada autor quisiera tomarse el trabajo de leer todo lo que ya se ha dicho acerca del tema de que trata—y debiera hacerlo—se apresuraría probablemente á tirar la pluma por la ventana.

—Me veo obligado de nuevo á sostener lo contrario—dijo Dierfling;—es conveniente que no se conozca sino raramente todo lo que ha sido ya pensado y escrito; es conveniente no dejarse desanimar por los millones de libros que existen; seguramente la mayor parte de los libros son repeticiones de otros, pero son inconscientes repeticiones, y eso precisamente es lo que les da una significación tan profunda; prueba eso la unidad del espíritu, la identidad del conocimiento; millares de gentes inventan la pólvora todos los días, y eso hace reírse á los demás, porque la pólvora ha sido descubierta ya desde hace algunos centenares de años; yo no me río; veo en el fondo de eso la revelación del principio eterno y único del universo; tantos individuos diferentes no podrían tener cada uno por su parte las mismas ideas si no fueran fragmentos de un mismo todo; tantos hallazgos simultáneos en las invenciones, los descubrimientos, las fábulas, no podrían producirse si todos esos individuos que se creen tener algo de independientes—sin razón—no derivasen sus conocimientos de una fuente común. Después de esto, ya saben ustedes por qué he escrito mi libro y también por qué no lo he firmado con mi nombre.

Oyóse una ruidosa risa de mujer que venía del gabinete próximo y alternaba con el choque crista-

lino de los vasos y la conversación de un hombre. Barinskoi aguzó el oído y lanzó una lúbrica mirada á Pablo; los demás no prestaban atención á aquel ruido.

—Compréndame usted bien—dijo Guillermo respondiendo á las últimas palabras de Dœrfling—no he querido decir que su libro de usted fuese superfluo; ha tenido usted mil veces razón en escribirle si era ese el objeto de su existencia de usted.

—No; el objeto de mi existencia, no—interrumpió Dœrfling con tono sombrío;—no conozco más que un objeto de mi existencia: la muerte, es decir, la liberación.

—Buéno; pues entonces diré: puesto que creía usted de su deber escribirlo.

—Deber, sí; prefiero esa palabra; digamos más exactamente todavía: necesidad; cuando se sabe una cosa, se experimenta también la necesidad, es decir, que se cree uno en el deber de hacérselo saber también á los demás.

—¿Cree usted en una verdad?—dijo Guillermo sonriéndose;—de ahí resulta lo que toma usted por su deber; en cuanto á mí, yo sé, desgraciadamente, que no poseo verdad ninguna, y no tengo que comunicársela á nadie; no conozco, pues, más que un objeto de mi vida: mi propia educación moral y mi mayor perfeccionamiento posible.

—Eso no es suficiente, sin embargo—dijo á su vez Pablo;—esa educación que no traseiende del cuarto de estudio á nadie aprovecha, y no hago de ella el más mínimo caso; también se tienen deberes hacia la cosa pública; hay que hacerse útil al Estado, á sus conciudadanos; hay que crear valores, acrecentar la riqueza nacional.

—¡Bravo, señor Haber—dijo Mayboom con

la mayor seriedad;—habla usted como un sereno.

Y después de una corta pausa añadió:
En mis labios es un gran elogio.

—Expresamos la misma idea bajo una forma distinta—dijo Guillermo.—¿Cómo aumentas la riqueza nacional? Enriqueciéndote tú mismo; yo me hago útil á la cosa pública tratando de llegar á ser un ciudadano virtuoso y de aspiraciones ideales; no es dado á todo el mundo transformarse, pero cada cual puede reaccionar sobre sí mismo; si cada individuo se esfuerza por ser bueno, sincero, delicado, el pueblo, en su totalidad, será también noble y bueno.

—Discuten ustedes sobre los deberes de su existencia—dijo Barinskoi, cuya nariz y cuyos granos se habían puesto escarlatas, y cuyos ojos, de color de plomo, brillaban con resplandores alcohólicos;—prueben ustedes primero que hay un deber en la existencia; niego todo deber, excepto el que consisre en vivir todo lo más agradablemente posible; ¿qué me importa el mundo? ¿en qué tengo que preocuparme por mi prójimo? El estómago, hé aquí lo importante, y ¡viva el vino!

Vació su copa, haciendo chasquear ruidosamente la lengua.

—Tomarse interés por nuestro prójimo—replicó Guillermo sin tono malhumorado—y sentir esto como un deber, hé ahí un instinto innato en nosotros.

—¿Y si yo no tengo ese instinto?—respondió Barinskoi.

—Es que usted constituye una excepción enfermiza.

—Pruébelo usted.

—La mejor prueba es la existencia de la huma-

nidad; si ese instinto faltara á todos los hombres, como usted pretende, hace ya tiempo que la humanidad hubiera perecido.

Barinski se echó á reir.

—Eso es cómodo; no tiene usted otro argumento en pro del deber que ese instinto, ni en pro de ese instinto más sanción que la existencia de la humanidad; le dejo á usted, en consecuencia, obedecer á ese instinto y tomarse interés por mí; pero yo me sustraigo muy alegremente á ese deber, puesto que el solo castigo que puedo temer es ver perecer á la humanidad, lo que no sucederá, así lo espero, mientras yo viva.

—Hay aún otro castigo—dijo Mayboom solemnemente—le quito á usted el Champagne para castigarle por su inmoralidad.

Retiró, con efecto, la botella. Barinski se esforzó por volverse á apoderar de ella, y resultó de todo ello una lucha cómica á la cual Dierling puso término con un «les ruego á ustedes» expresivo.

Volviéndose hacia Guillermo, tomó la palabra:

—Creo, naturalmente, como usted, que existe un deber; usted lo basa sobre un instinto, yo llamo á eso de otro modo; considero ese instinto como el presentimiento de la unidad de todo lo que existe y de su emanación del principio eterno; en todo caso, esta razón me parece suficiente; sólo que comprendo el deber de otro modo; usted se limita á su propia educación; ama usted á su prójimo, pero no le enseña nada. Yo creo, por mi parte, que si hay que comenzar por su propia educación, conviene concluir por la de los demás; tal es mi forma de amar al prójimo; no se tiene, en ningún modo, necesidad, para eso, de salir de sí mismo; se puede obrar sobre objetos elevados sin moverse del sitio en que uno está; recuerde usted el imán; hay un

gran medio de educación: el ejemplo; el que da un ejemplo de tal naturaleza que excite con fuerza la imaginación, cumple un deber hacia sí mismo y hacia el prójimo, sin, por esto, salir de sí mismo.

—Imagen por imagen—dijo Schrotter, que había seguido toda esta conversación sin manifestar su atención de otro modo que meneando de vez en cuando la cabeza.—Usted quiere que el hombre haga el papel de imán; eso no basta; reclamo para él el papel de un engranaje, es preciso, que arrastre lo que le rodea; cuando él se mueve, todo á su alrededor debe moverse. No es dado á todos ser un imán; éste está formado por una materia especial; un engranaje, por el contrario, puede ser formado por toda materia que no sea líquida ni aérea; y, además, el imán no obra sino sobre ciertos cuerpos determinados, atrae al hierro, pero no tiene ninguna influencia sobre el cobre, la madera ó la piedra; el engranaje, por el contrario, arrastra las ruedas próximas, cualquiera que sea su substancia; no quiero agotar la imagen; usted me ha comprendido; el primer deber del hombre, á mi juicio, es una actividad expansiva; no tenemos sólo nervios sensitivos, sino también nervios motores; no acogemos tan solo las impresiones que vienen de fuera, sino que estamos también provistos de órganos para hacer reobrar las impresiones internas sobre el mundo exterior. Cada excitación de los sentidos que nos envía la naturaleza es una invitación que nos hace á que respondamos por una acción. No bastan, pues, la sola educación de sí mismo, el ejemplo, una filantropía pasiva; hace falta, además, una acción consciente y determinada sobre el mundo y sobre los hombres. La Edad Media resumía la tarea de la vida en estas pala-

bras: *Ora et labora*; hermosa frase, en que no tenemos necesidad más que de cambiar la palabra *ora*—reza—por un término mejor apropiado al carácter de nuestra época; así, pues, ¡piensa y obra!

En el próximo gabinete estalló de nuevo la sonora risa de mujer; luego se oyó un traqueteo de sillas y el ruido de los preparativos de la marcha; el crujir de un vestido de seda y el choque metálico de espuelas y de sable se oyeron frente á la puerta; luego el ruido se alejó y se perdió poco á poco, evocando en el espíritu de los auditores la idea de una joven pareja que se daba buenas trazas de gozar de los placeres de la vida.

Eran cerca de las doce cuando Schrötter, el de más edad de la reunión, se levantó; se acordaba de Bhāni, que permanecía siempre levantada hasta su regreso; la cuenta había sido probablemente pagada de antemano, puesto que los invitados no tuvieron que asistir á esta escena prosaica, que hubiera podido enfriar el estado de sus ánimos; delante de la puerta del restaurant, en que el aire fresco de la noche les produjo una sensación agradable, los invitados se dieron las buenas noches; Dørfling se negó á que le acompañaran, y sobre todo á que le acompañara Mayboom.

Al darle las gracias Barínskoï y apretarle la mano, advirtió su mirada extraña, vaga y como desprendida de todo, y se dijo para sus adentros, en medio de las brumas de la embriaguez, que Dørfling no resistía gran cosa.

—¡Buenas noches!—le dijeron su amigos.

—Buena muerte sería un deseo más amistoso—replicó Dørfling.

Y al pronunciar aquellas extrañas palabras, se separaron. Schrötter y Guillermo insistieron en acompañar un rato á Pablo, que era el que vivía

más lejos. Al cabo de algunos minutos de silencio, Pablo no pudo contenerse más.

—¡No! ¡Eso rebasa los límites; me ha parecido toda la noche encontrarme en una sepultura en compañía de espectros: usted solo, señor doctor, me ha producido el efecto de un sér vivo; respiraba cada vez que tomaba usted la palabra; si no hubiera oído que había quien se divertía al lado nuestro, y si esa buena comida y esos vinos excelentes no hubieran sido una realidad, hubiera creído que estaba soñando!

—¿Qué es lo que te saca así fuera de quicio, mi querido Pablo?—preguntó Guillermo.

—¿Qué? ¿Sois hombres de carne y hueso? ¿Vivís en la realidad? ¡Estáis sentados cuatro horas mortales hablando sin dejarlo un momento, y no decís una sola palabra razonable!

—Vamos, vamos—dijo Schrötter con tono conciliador.

—Salvo su respeto, señor doctor, lo repito: nadie ha dicho una sola palabra razonable; la filosofía de la liberación de Dørfling, ¿es razonable? ó bien ¿lo es tu filosofía de la educación personal, Guillermo? No lo tomes á mal, pero me entran deseos de calificarla de onanismo metafísico; seis hombres, de los cuales dos solamente tienen más de treinta y cinco años, pasan toda una velada sin decir una sola palabra de la alegría de la vida: el amor.

Habían llegado al cruce de las calles Federico y de Leipzig, y Schrötter hizo una seña con la cabeza hacia la izquierda; Barínskoï estaba allí debajo de un farol, en conversación con una mujer.

—¡Ah, ése! Ese animal es todavía el más sensato de todos vosotros, filósofos. Practica el parasitismo con método, y goza según todas las catego-

rías de Aristóteles. Pero esa metafísica de ustedes...

—¿Qué quieres, en fin de cuentas, Pablo? No es posible hablar siempre de *skat* (1).

—No denigres el *skat*; tiene en el fondo muchas más cosas que las que se imaginan los sabios; pero, broma aparte, quisiera veros una vez en plena vida práctica, teniendo que pagar á doscientos obreros, que cultivar diez mil fanegas de terrenos pantanosos, que ocuparos de abonos artificiales, de los precios del trigo, de arriendos y de hipotecas. Entonces, os lo aseguro de fijo que os interesaríais menos por saber si el alma es un pedazo del principio universal ó una pelota de goma, y si el hombre es un imán ó una rueda.

Guillermo se contentó con sonreirse; había renunciado desde hacía mucho tiempo á convertir á su amigo hacia objetivos más ideales. En la esquina de la calle de Roch se separaron, y Pablo continuó su camino hacia la calle Lutzow, mientras que Guillermo y Schroetter volvieron á desandar el camino. Al entrar veinte minutos después Guillermo en su alcoba, echó de ver en seguida sobre su mesa de noche una carta, cuya suscripción era de letra de Dœrfling; sorprendido, la abrió y leyó lo que sigue:

«Querido amigo: Cuando lea usted estos renglones, me habré libertado de todo sufrimiento y de toda duda; lo que me había fijado como objeto de mi vida quedará cumplido, y tornaré de lo finito á lo infinito. Sea usted feliz, como yo lo seré dentro de algunas horas; conserve usted de mí un buen recuerdo por todo el tiempo que usted mismo permanezca aprisionado en la miseria terrestre, y crea usted en toda la amistad que por usted ha tenido su afectísimo—L. DœRFLING».

(1) Juego de baraja muy popular en Alemania.—(N. del T.)

Guillermo permaneció un instante como herido por un rayo; ¿era acaso una broma de dudoso gusto? No: Dœrfling era incapaz de eso; era, pues, una horrible realidad. Sin vacilar, bajó precipitadamente las escaleras y corrió á casa de Schroetter; felizmente el sereno estaba en su puesto, y un instante después Guillermo pudo llamar á la puerta de su amigo. El viejo servidor indio le abrió y le dijo, chapurreando el inglés, que Schroetter Sahib había encontrado, al volver, una carta que habían llevado poco antes, y que había vuelto á salir en seguida, dando señales de una gran agitación. Guillermo no podía dudar más tiempo. Corrió á casa de Dœrfling, en la calle Mauer; no le abrieron sino al cabo de algunos minutos de espera angustiosa; subió á saltos la escalera, penetró en la alcoba de su amigo y encontró allí reunidos á Schroetter, Mayboom, que sollozaba, y un viejo servidor, que lloraba á lágrima viva y se retoreía las manos. En una butaca frente á la cama estaba sentado Dœrfling, conservando aún el frac y la corbata blanca, la cabeza inclinada hacia atrás, el rostro apenas más pálido que en vida, los brazos cayendo inertes, y en medió de la blanca pechera de la camisa, una extensa mancha roja, que iba á perderse en el chaleco escotado. En el suelo, al lado de la butaca, yacía un revólver.

Guillermo, presa de una terrible emoción, cogió la mano de su amigo; estaba todavía caliente; volvióse hacia Schroetter con una mirada inquieta y suplicante; Schroetter respondió con voz apagada:

—¡Muerto!

Entonces sus lágrimas, las suyas también, corrieron irresistiblemente, y sus dedos temblorosos tuvieron apenas la fuerza necesaria para bajar los párpados de aquellos ojos, que desde el fondo de